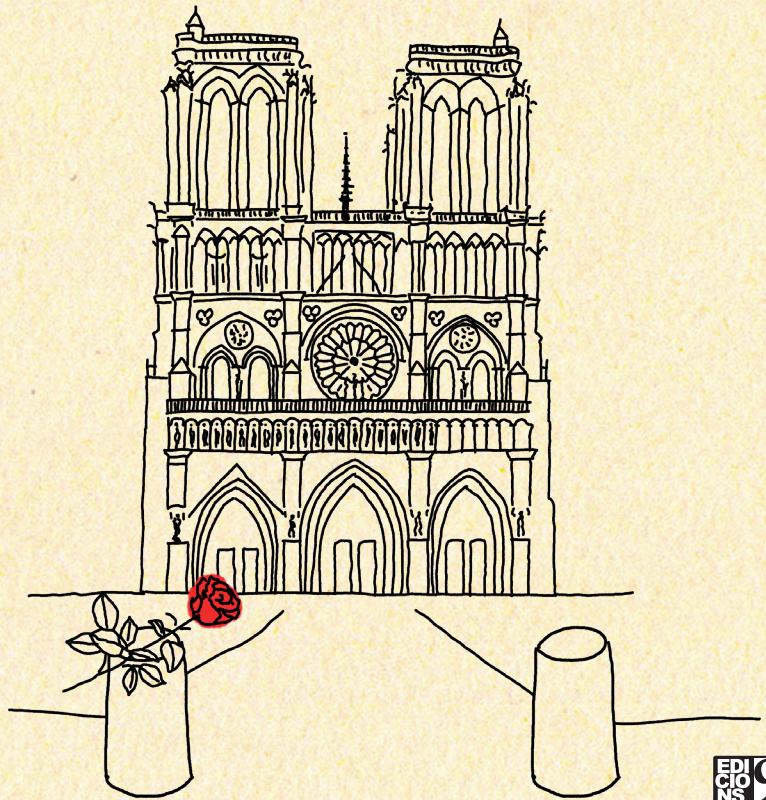


El vendedor de rosas

Patricia Maestro Martínez



El vendedor de rosas

Patricia Maestro Martínez

**XXII Premis Universitat de València
d'Escriptura de Creació, 2025**
Narrativa en castellano



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitáis fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o publicada de ninguna manera ni para ningún medio sin la autorización expresa de los propietarios del copyright.

En la XXII edición de los Premis Universitat de València d'Escriptura de Creació, año 2025, en la modalidad de narrativa en castellano, un jurado formado por Iván Carbonell Iglesias, Irene Klein Fariza, Magda Simó i Beltran y Cristina García Pascual como secretaria, declaró ganadora la obra *El vendedor de Rosas*, de Patricia Maestro Martínez. Estos premios están organizados por la Delegació d'Estudiants a través del Servei d'Informació i Dinamització (Sedi), con la colaboración de la Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació y las aulas de Narratives, Poesia, Arts Escèniques y Cinema del Vicerectorat de Cultura i Societat.

VNIVERSITAT Delegació | Servei d'Informació
DÈCADA VALÈNCIA d'Estudiants | i Dinamització (Sedi)

1^a edición: diciembre de 2025

© del texto: Patricia Maestro Martínez

© de esta edición: Universitat de València

Motivo de la cubierta: Josep Olaso Garcia - Edicions 96

Diseño y maquetación: Josep Olaso Garcia - Edicions 96

Revisión lingüística: Neus Pedrós - Edicions 96

Apartado de correos 23, 46670 la Pobla Llarga

Teléfono de atención: 96 246 11 04

ISBN: 979-13-87628-26-0

DL: V-4982-2025

Je finis par trouver sacré le désordre de mon esprit.

ARTHUR RIMBAUD, *Une saison en enfer*.

Había un tipo extraño que siempre me compraba rosas rojas. Era muy alto, mediría por lo menos dos metros, esa era la única característica que lo hacía reconocible. La primera vez que lo vi fue en la línea cuatro, recuerdo que bajó en Odeón. Yo estaba deambulando como de costumbre por los vagones del tren mientras la gente me evitaba con los ojos, alimentando esa invisibilidad propia de las grandes ciudades que nos convertía un poco a todos en fantasmas. Pero él se acercó con una expresión tímida, bajando momentáneamente la mirada, escondiéndola en el suelo durante unos segundos mientras reclamaba una de las rosas que sostenía en la mano antes de que se abrieran las puertas. Tenía un aspecto excéntrico; vestía un traje viejo de un burdeos oscuro, desgastado, moteado con manchas que llenaban la solapa de la chaqueta y parte de la espalda. Esas pequeñas formas irregulares, que florecían como dalias negras por toda la superficie, creaban la sensación de que había empezado a pudrirse. Me acuerdo de él porque imaginé, de forma un poco extravagante, que podría ser uno de esos músicos callejeros que tocaban el acordeón en el RER, para que algún turista los grabase con el móvil a cambio de unas monedas. Aunque, en realidad, tenía más bien aspecto de vagabundo, con aquel traje

sucio que me había recordado desagradablemente a la sangre coagulada en la costra de una herida seca. A veces tenía ese tipo de ocurrencias, y de repente el color de un abrigo o el chirrido de una risa me resultaban insopportables. O quizá era el resultado de aquella afición que tenía, de tratar de imaginar la vida de la gente, proyectar su historia sobre un traje que olía a vino rancio, o un maletín de cuero lo suficientemente grande como para cargar un instrumento, un arma de guerra, o todas las posesiones que uno ha podido conservar en tiempos de dificultad.

Volví a verlo, en la misma línea de metro, esta vez en Châtelet. Lo reconocí por su altura, ya que perfectamente podría haberse tratado de otra persona. Vestía de azul marino, el típico azul de los ejecutivos que vuelven de La Defense, con los rostros deformados por un día de trabajo y los cuellos apretados por las corbatas de colores atadas en un nudo Windsor perfecto. Clásico y pulcro, incluso parecía natural, como si el hombre que había visto hace unos meses no hubiese sido más que un espejismo. Además, también se había afeitado y llevaba el pelo corto, parecía que se había arreglado siguiendo un manual de etiqueta. El cambio le había quitado por lo menos una década, ahora dudaba seriamente de que superase los cuarenta. Esta vez, la rosa acabó en manos de una mujer mayor que bajó del metro, envuelta en un abrigo de piel que recordaba a los que se vendían en los mercadillos del domingo y en los escaparates excéntricos de las tiendas *vintage* del barrio latino. El suyo parecía heredado, el típico abrigo de un marrón oxidado que había vestido a varias generaciones. La aceptó con una media sonrisa, sosteniendo la flor con una mano cargada de anillos que destellaban bajo la luz cruda, como si se moviera sobre un fuego dorado.

Se fueron hacia la salida de la calle Rivoli, yo me fui en dirección contraria, buscando la línea uno, eso fue hace al menos un

mes. No sé por qué me estaba acordando de aquel tipo, quizá porque he visto a alguien que se le parecía en la siete, aunque no ha querido rosas. En algún momento me sumergí en aquellos túneles blancos, metros y metros de túneles oscuros adornados con adoquines blanquecinos, nacarados, que se caían cada poco tiempo como una boca que se va quedando sin dientes. Quizá se debía a la antigüedad de la infraestructura, que llevaba en pie más de un siglo y había recogido y escupido a millones de trabajadores, vagabundos y soñadores. Avanzarían y retrocederían en fila, del mismo modo que esos hombres y mujeres trajeados movidos por la obligación y los turistas que los seguían detrás algo despistados. Todos iluminados por aquellos focos pálidos, igual que un cadáver en una mesa de autopsias. Algunos días caminaba con aquella punzada en el pecho que convertía cada paso en una advertencia, como si estuviese caminando hacia el fin del mundo en lugar de seguir esos carteles de colores alegres que me indicaban dónde podía encontrar la ópera. En algún momento un hombre se había agachado para hacer sus necesidades en la esquina de uno de los túneles ante la mirada, y la posterior reprimenda, de dos ancianas atónitas que le gritaban en italiano. En el siguiente giro me encontré con un cuarteto de cuerda que interpretaba a Chaikovski, y poco después estaban las escaleras, con la corriente helada que me indicó incómodamente que la ciudad se encontraba al otro lado.

La luz fue oscilando poco a poco conforme ascendía, igual que una luna llena que empieza a derramarse sobre el océano, encendiéndolo con un fuego de plata. Finalmente alcanzó mis ojos, deslumbrándome unos segundos hasta que me acostumbré a las formas nítidas del exterior. París fue como una descarga, con la emoción de zambullirse de nuevo en la vida que se erguía sobre aquel mundo subterráneo. No tenía ni la menor

Patricia Maestro Martínez

València, 2002

Patricia Maestro Martínez nació en septiembre de 2002, se graduó en Filosofía en la Universidad de Valencia y actualmente cursa los estudios de Máster en Estética Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid. Es una criatura soñadora y de carácter apasionado, aunque si le preguntan, les dirá que a los adjetivos cuesta seguirles el ritmo y a veces quedan como un traje de efecto desproporcionado. Quizá porque siempre ha tenido la mala costumbre de devorar libros como quien se busca, se imagina, se va tejiendo con la seda onírica de las palabras... o simplemente se aleja de los hechos en ese intento de hacer de la vida una extensión de la literatura.